

des de la Iglesia que todas las consideraciones humanas. Lejos de conservar resentimiento alguno contra el obispo Eusebio, procuró unirse con él de todo corazón para así resistir con más ventaja á los enemigos comunes del legítimo sacerdocio.

Hizo Valente mil tentativas para ganar á un doctor como Basilio; pero todo fué inútil, y de nada sirvieron ni las amenazas ni los halagos. Por el contrario, elocuente defensor de la verdad, fué el agresor de la heregia; intimidó al príncipe y su comitiva, exhortándolos patéticamente á reconocerse, á hacer penitencia, y á acabar á lo menos con una guerra tan declarada y tan escandalosa contra el Hijo de Dios y su Iglesia. En suma, todo se trató de modo que Valente y sus fogosos obispos abandonaron su intento sin haber adelantado nada, y la iglesia de Cesarea se vio deudora de su salvación á un simple sacerdote. Pero aunque Basilio no había ascendido al primer grado, tenía ya el principal ascendiente ó por lo menos una grande influencia en todos los negocios. No se apartaba de Eusebio, el cual habiendo sido elegido obispo poco después de su bautismo, no estaba muy versado en las cosas de la Religión para unos tiempos tan críticos. Basilio le advertía, le instruía, le sugería las órdenes convenientes, y después las ejecutaba con tanta modestia como acierto, atribuyendo siempre al primer Pastor la honra de todos los sucesos felices. Era un guía seguro y fiel en lo interior, un ministro activo en lo exterior; y en fin, el alma y el móvil de todas las operaciones, pero con un aire de dependencia, acomodado prudentemente á la delicadeza del prelado cuyo carácter conocía á fondo.

Después de pasada la tempestad no disminuyó su activo celo; antes al contrario, se manifestó más atento en la calma, ya en mantener los intereses de la Iglesia ante los magistrados, ya en destruir las altercaciones

intestinas antes que degenerasen en divisiones y en cismas, ya en moderar hasta los excesos del celo, y prevenir todos los pasos peligrosos de la imprudencia, sin hablar de su ocupación ordinaria en las instrucciones, asistencia de los pobres, hospitalidad, oración pública, servicio de los altares, cuidado de las vírgenes y de los monjes; circunstancias que nos constan individualmente por San Gregorio Nacianceno, que tanta parte tuvo en estas grandes obras; y á vista de lo que cuenta de la inspección del culto y de la vida ascética y cenobítica, parece que desde entonces dió Basilio á los monjes de Cesarea reglas de vida voz y por escrito; y que compuso por aquel tiempo la liturgia constantemente atribuida á este Padre, y que con pequeñas variaciones se usa aun hoy día en las iglesias orientales. También mostró su caridad en una hambre que asoló la Capadocia, y que fué la más horrorosa de cuantas se conocieron en aquellas provincias. Después de haber hecho abrir la bolsa y los graneros de los ricos con los atractivos victoriosos de su elocuencia, durante todo el tiempo que duró la calamidad, reunía todos los días gran número de necesitados, y haciendo traer calderas llenas de comida, se las repartía ceñido con un lienzo, como si fuera criado, á la vista de todo el pueblo; pero sus delicias eran servir con espíritu de fe y humildad á estos miembros doloridos de Jesucristo.

Poco después de la retirada de Valente murió el obispo Eusebio, bendiciendo mil veces al cielo por haberle enviado un colaborador y un apoyo como Basilio. Inmediatamente todos los hombres de bien pusieron los ojos en este incomparable sacerdote para colocarle en la silla episcopal; pero después de la victoria que acababa de conseguirse sobre el perseguidor, esta dignidad tenía demasiado esplendor para no disper-

pertar la envidia con sus intrigas, porque era una sede ilustre, y sin duda una de las más bellas de todo el Oriente, y metrópoli de las dos grandes provincias de Capadocia y del Ponto, esto es, de la mejor parte del Asia menor. El clero de Cesarea escribió, según era costumbre, á los obispos sufragáneos, los cuales acudieron inmediatamente para la elección. Gregorio, titular de Nacianzo y padre de San Gregorio, amigo de Basilio, que era uno de los sufragáneos, envió su voto por escrito porque le impedía ir en persona, no tanto su avanzada edad, sino también una enfermedad que le hacía imposible el viaje. Basilio era sin duda el sujeto más digno de ocupar la cátedra vacante; pero los hereges y algunas personas del país, aunque ortodoxas, tenían sus facciones y procuraban alejarle. A falta de buenas razones valiéronse de los más leves pretextos; y hasta su complexión débil se alegó como motivo de esclusión. Noticioso de esto el venerable anciano que gobernaba la iglesia de Nacianzo, se explicó desde luego por escrito de este modo: «¿Se trata acaso de elegir un atleta ó un obispo?» Mas viendo poco después la necesidad de su presencia, á pesar de su decrepitud y de su enfermedad, dejó su cama para ponerse en camino, mandó le llevasen á Cesarea, y se tuvo por feliz en sacrificar su vida, si fuese menester, por tan buena obra. Tuvo el consuelo de recoger los frutos de su celo, pues Basilio fué elegido y después ordenado según todas las reglas canónicas.

Pronto se captó hasta á sus mismos émulo, tanto con su modestia sincera y su desprendimiento de la dignidad que se le había conferido á pesar suyo, como por el esplendor de sus altas virtudes, amenidad de su genio, y talento incomparable para el gobierno; pues nadie supo jamás emplear mejor aquel justo temperamento de suavidad y fortaleza que le hacía igualmente amable

B. del C., tomo XVI. — III. — HISTORIA ECLESIASTICA. — Tomo I.

y respetable. Pasando Basilio al episcopado aumentó todo lo bueno que hacía mientras era simple sacerdote. Estableció en su iglesia las observancias más saludables y augustas, la oración común y casi continua, la lectura frecuente de los Padres, la meditación de las divinas Escrituras, y por fin el canto de los Salmos á dos coros, cuyo uso se extendió después por toda la Iglesia. Sin embargo, no es fácil decidir á quien debe atribuirse la invención de esta salmodia.

Dice el historiador Socrates, que habiendo oído San Ignacio á los ángeles cantar alternativamente las alabanzas divinas, instituyó este modo de cantar en su iglesia de Antioquia. Teodoreto por el contrario asegura que dos sacerdotes de Antioquia, Flaviano y Teodoro, fueron los primeros que en el año 350 hicieron cantar allí los Salmos de David á dos coros; pero parece que uno y otro se equivocan, y especialmente Teodoreto si quiere persuadir que en su tiempo tuvo principio esta piadosa observancia entre los fieles: pues leemos en la famosa carta de Plinio al emperador Trajano, que ya en su tiempo los cristianos de Bitinia solían reunirse en algunos días antes de ponerse el sol para cantar alternativamente las alabanzas de Dios; lo que hace presumir que esta práctica inmemorial viene de los mismos Apóstoles, y que los demás pastores solo fueron en esto imitadores ó restablecedores, y mucho más cuando esa práctica se encuentra entre los terapeutas de Filón, que se cree haber sido los cristianos más perfectos de los tiempos apostólicos.

Basilio, así como todos los Padres de este orden suscitado visiblemente por disposición del cielo, no limitó sus miras sublimes á sus funciones particulares, ni á sola su diócesis, sino que las extendió con feliz resultado á toda la Iglesia. Sensiblemente afligido, desde su elevación al epis-

copado, por la division que reinaba en Oriente aun entre algunos preladados ortodoxos, creyó que debía interesar en ello á los occidentales. Desde luego escribió á San Atanasio, porque sabia la gran nombradía y fama que tenia entre ellos. «Estoy persuadido, le dice, de que el único medio de socorrer con provecho á nuestras iglesias es el concurso de los pastores de Occidente. ¿Qué no debemos esperar si quieren emplear con nosotros el celo que manifestaron entre sí en algunas de las ocasiones mas críticas? Las potestades respetarán la autoridad de un tan grande número de obispos unidos, y los pueblos se someterán sin resistencia. Enviad, pues, á los occidentales hombres adocotrados y elocuentes, para ponerles á la vista los males que nos oprimen, y coronad con esta escelente obra las innumerables peleas que habeis sostenido por la fé.» Le exhorta despues á procurar por sí mismo la calma y la paz á la iglesia de Antioquia, sin esperar los socorros de Occidente que no podian menos de ser tardios. Le representa el cisma de esta ilustre iglesia, de donde debia esparcirse la luz en todo el Oriente, como el mas urgente de todos los males.

Otra Epistola escribió Basilio al gran patriarca de Alejandria. Dice en ella el santo doctor (1): «nos ha parecido conveniente escribir al Obispo de Roma para empeñarle á conocer de lo que aqui pasa y á dar su decision. No siendo fácil enviar prontamente desde la distancia donde habita diputados en comun y de acuerdo con un Concilio, debe obrar por su propia autoridad y dar comision á algunos hombres, que por un sábio temperamento de suavidad y firmeza, sean propios para contener y corregir á los que entre nosotros no sigan el camino de la verdad: será preciso que traigan consigo todo cuan-

(1) Basil. Epist. 32.

to se ha hecho para anular lo que por violencia se decidió en el Concilio de Rimini.» Aparece evidentemente de esta Epistola que el santo metropolitano de Capadocia no solo pedia simples enviados, sino comisarios y visitadores formales.

Si se admirase que un obispo colocado en una de las principales sillas del Oriente rinda homenaje á la primacia del Sumo Pontífice en un punto de los mas delicados, puede tambien observarse que este respeto no le impedia ser de los primeros en juzgar de las materias de fé y con una penetración pasmosa sobre objetos poco ilustrados aún. En esta misma Epistola descubre los errores de Marcelo de Ancira, que fueron como el germen de la heregia de Nestorio, calificándolos desde entonces como dignos de anatema. «Hasta ahora, dice, hablando de los italianos, no cesan de anatematizar á Arrio; pero no vemos que se quejen de Marcelo, cuya impiedad da en el extremo opuesto al arrianismo; pues combate la substancia misma del Hijo de Dios, afirmando que no existia antes de salir del Padre, y que no subsiste despues de haber vuelto á él; la prueba de ello la tenemos en los libros mismos de Marcelo.» Sin embargo, los occidentales nunca le censuraron, aunque debieran haberlo hecho para remover el escándalo de que fué causa su comunicacion con él. Como se ha acusado á Marcelo de Ancira de haber vuelto á sus errores, podemos presumir que se trata aqui de otros nuevos escritos que habria compuesto despues de su justificacion en el Concilio de Sárdica, ó de algun otro paso que diese motivo para juzgar que este obispo, sospechoso tanto tiempo antes, jamás habia procedido de buena fé.

No habia podido saber San Basilio con exactitud todas las circunstancias de un suceso ocurrido tan lejos de su provincia, y que á lo mas solo fué un temperamento

prudente, como el que el santo metropolitano de Capadocia creyó podia usar en aquel mismo tiempo con los macedonianos. Cercado de estos novadores, que no querian confesar espresamente que el Espiritu Santo es Dios, se contentó para comunicar con ellos con que profesasen la fé de Nicea, y declarasen que no creian que el Espiritu Santo fuese criatura: lo que en el fondo era lo mismo que confesar su divinidad, la que no cesó de inculcar en las conversaciones particulares, ni de enseñarla en sus discursos públicos. No obstante, los monges que tenian mas ardor que circunspeccion en su celo, le acusaron de que hacia traicion á la fé, y elogiaron mucho mas que á él á Gregorio Nacianzeno que la predicaba claramente en los mas numerosos auditorios; pero Gregorio, justificandó con una humildad generosa la prudencia de su amigo, les dijo: «Yo soy un particular oscuro y sin representacion, y puedo hablar libremente: Basilio es ilustre por las cualidades eminentes de su persona y por su dignidad: no proferirá palabra que no sea censurada, y muchas veces con exageracion. Hace bien en no luchar abiertamente con la tempestad á riesgo de hacerla mas violenta; mas no debe abandonar ni abandona en efecto el navio. ¿No enseña la misma doctrina con otras palabras? La verdad reside mas en el sentido que en los términos.» Es de advertir que la Iglesia no habia consagrado términos particulares para espresar su fé sobre este artículo, y parecia contentarse con exigir una confesion equivalente, siempre que fuese cierta y pública; pues de otra manera hubiera sido recaer en el extravío de los semiarrianos: acerca de la palabra *consustancial*, y hubiera hecho una verdadera traicion á su fé el que no la confesase en los términos preseritos para esto por la Iglesia. Despues tuvo Basilio la desgracia de dejarse sorprender del hipócrita obispo de Sebaste,

aquel Eustacio semiarriano convertido en la apariencia, y que habia profesado la fé de Nicea en Roma y despues en el Concilio de Tiana. Acostumbrado largo tiempo al arte de fingir, ocultaba una ardiente ambicion bajo las apariencias de la virtud, y aun de la simplicidad y pobreza, sabiendo acomodarse perfectamente á las circunstancias y no teniendo mas norma de fé que la del interés ó del favor de las potestades; pero Teodoro de Nicópolis, su metropolitano, le conocia mejor, lo cual ocasionó al santo doctor disgustos sensibles de parte de este arzobispo, muy instruido sin duda en el arte de conocer el corazon humano, pero que llevó las cosas á tal extremo que impidió á Basilio asistir á un Concilio congregado en Nicópolis, y aun rehusó orar con él: cuya afrenta recibió el Santo con una moderacion y humildad, que en verdad no es propia de los que venden los intereses de la Iglesia. Mas reflexionando igualmente que no era este un género de humillacion en que un obispo, satisfecho con el testimonio de su conciencia, debia permanecer en el silencio é inaccion, creyó que estaba obligado á disipar las sombras que, cayendo sobre la fé, podian producir escándalo. Habia ya hecho firmar á Eustacio una confesion católica, y exigiendo ahora una nueva prueba para afirmarse de la sinceridad y de la perseverancia, le convidó á un Concilio, convocado para esto, de los obispos de Armenia y Capadocia. Eustacio rehusó concurrir á él, alegando frívolas excusas que no dejaron ya duda á Basilio de que los que le avisaban con tanto calor cuánta era la mala fé de este viejo hipócrita, le conocian mucho mejor que él.

Quitóse Eustacio enteramente la máscara, publicando contra el santo doctor una larga declamacion llena de invectivas y calumnias. Llamábale *homosíasta* para injuriarle: acusábale de que le habia engañado

haciéndole firmar una profesion de fé que contenia la doctrina de la consubstancialidad; y sobre todo, le reprendia de estar unido con el heresiarca Apolinar. Unas acusaciones tan infundadas las despreció Basilio, y en tres años no dió á luz escrito alguno para justificarse sobre este punto, contentándose con mostrar en algunas cartas particulares lo distante que estaba de seguir los errores de Apolinar. Parecieronle estos cargos tanto mas despreciables, cuanto que la union que le suponian con aquel herege, la fundaban únicamente en una carta escrita diez y siete años antes, cuando Basilio y Apolinar no eran eclesiásticos, y cuando no teniendo este mas recomendacion que la de un talento brillante, mantenía relaciones con los mas grandes y mas santos varones de su tiempo. Por fin, viendo Basilio que sus enemigos abusaban de su reserva y atribuian su silencio á la debilidad de su causa, se valió él para confundirlos de la conducta verdaderamente escandalosa y notoriamente impía que ellos habian tenido, uniéndose á los arrianos y á Demóstenes, uno de los privados del emperador Valente; mas antes demostró el santo obispo á todo el universo la pureza y solidez de su fé con la confesion mas illustre ante aquel príncipe.

Escitado siempre Valente por sus arrianos, seguía recorriendo las provincias y esparcía por do quiera las influencias malignas del aire contagioso que respiraba en medio de estos impíos. Pervertía á algunos cobardes obispos y sacerdotes, y condenaba á innumerables confesores generosos á la pérdida de su estado, al destierro y á los tratamientos mas crueles. Despues de dejar señaladas sus huellas con sangre y sacrilegios por toda la dilatada estension del Asia menor y de la Siria, amenazaba á la Capadocia, de la que Basilio, tan odioso como formidable á los sectarios, habia sido elegi-

do metropolitano, á pesar de todas las tentativas que hizo la córte para impedir su eleccion. Envió el emperador delante de sí á Modesto, prefecto del Pretorio y su precursor ordinario en estas hazañas de impiedad, con el encargo de obligar al arzobispo de Cesarea á comunicar con los arrianos ó de arrojarle de la ciudad. Era naturalmente soberbio, implacable y cruel este oficial, uno de aquellos grandes sin fé y sin principios, arriano en tiempo de Constanzo, idólatra en el reinado de Juliano y estimado de Valente, cuya ceguedad lisonjeaba y facilitaba sus atentados sacrilegos, independientemente del singular favor que se adquirió por su malhadado talento. Él fué quien habia dado el bárbaro consejo de entregar á las llamas en la mar á los ochenta eclesiásticos diputados de Constantinopla. Mandó pues conducir á Basilio al pie de su tribunal que tuvo cuidado de cercar de sus lictores, pregoneros y ministros y con todo el horrible aparato de la tiranía (1).

Apenas hubo comparecido el Santo, cuando el prefecto llamándole secamente por su nombre, le dijo (2): «Basilio, ¿pensais resistir temerariamente al poder imperial?»—«¿Cuál es mi temeridad?» contestó el Santo con aire modesto, pero lleno de nobleza—«¿Por qué, replicó el prefecto, no sois de la religion del emperador?»—«Porque me lo veda un Soberano mayor que él», respondió el obispo. Vuestras grandezas y vuestras preeminencias no lo son sino para el mundo; en materia de religion y de comunión, es igual tener la vuestra ó la de las gentes que os obedecen. La fé sola y no la condicion es la que distingue á los cristianos.»—«¿Cómo? dijo Modesto levantándose impaciente de su silla, ¿no temeis mi indignacion y mi poder?»

(1) Gregor. in Eus.

(2) Gregor. Naz. pag. 339.

«¿Qué quereis decir con esto, dijo Basilio? Explicaos.»—«No se trata menos, le replicó el prefecto, que de la confiscacion de vuestros bienes, del destierro, de los tormentos, y por último, de la muerte.»—«Buscad, si podeis, otras amenazas, dijo el santo obispo, pues ninguna de esas puede intimidarme. La confiscacion decís; pero quien nada posee, nada tiene que perder, á no ser que penseis enriquecer el fisco con estos malos vestidos, ó con unos pocos libros que componen toda mi hacienda. El destierro: no me le hareis penoso, sacándome de esta ciudad donde no he nacido; pero en todas partes encontraré mi patria, pues todo pertenece al Padre comun que tenemos en el cielo. Intimidame poco el rigor de los tormentos, porque no tengo sino un soplo de vida que el primer esfuerzo me quitará; y la muerte, que en un momento me pondrá en el término á que no se llega sino con mucha pena, será para mí el mayor de los beneficios.»—Habló despues el prefecto con ostentacion retórica sobre las ventajas de la vida y el amor extremo que todos tienen á ella en todas ocasiones, á pesar de las causas que haya para mirarla con disgusto. El santo obispo contestó: «Los que se hallan en la situacion que decís, son muy diferentes de Basilio: por lo que á mí toca, no se me puede hacer mayor favor que librar mi alma de esta masa pesada que agrava á cada momento mis penalidades.» El prefecto, sorprendido de un heroísmo tan grande, de una sabiduría que guardó siempre un medio entre el orgullo y la bajeza, de una igualdad de alma inaccesible al terror y á los tristes presentimientos, exclamó que nunca le habia hablado nadie de ese modo. Basilio continuó: «Segun eso nunca habeis hablado con ningún obispo; porque un verdadero ministro de Jesucristo hubiera respondido lo mismo á tales amenazas. En todo lo demas estamos

obligados á mostrarnos los mas afables de los hombres. Evitamos el orgullo y la altivez aun con los mas inferiores, y con mucha mayor razon con los depositarios del poder soberano; mas cuando se trata de la causa de Dios, ninguna impresion nos hacen ni los aceros desnudos, ni los hornos encendidos, ni los tigres furiosos, ni el aparato de los mas espantosos suplicios.» Viendo el prefecto que eran inútiles los medios de rigor, acudió á otros enteramente diversos. «Pues bien, le dijo, ¿no tendreis á gran gloria ver al emperador en medio de vuestro pueblo, y alistarse en el número de vuestras ovejas? Pues para esto basta el quitar del símbolo la palabra *consubstancial*.»—El santo pastor dijo: «Sin duda es una cosa grande el salvar una alma; y ¡qué gloria y consuelo seria para mí ver al soberano dar el ejemplo al pueblo! Pero por mas digno de consideracion que esto sea, no permitiré que se altere ni una sola espresion del símbolo dictado por el Espíritu Santo á los verdaderos sucesores de los Apóstoles, á quienes prometió su asistencia hasta la consumacion de los siglos.»

Aplacado el prefecto despidió á San Basilio, se fué inmediatamente á buscar al emperador y le dijo: «somos vencidos, señor, y lo confieso sin vergüenza. Este obispo es superior á las amenazas, y nada le mueven los ofrecimientos.» Valente quiso conocer por sí mismo la verdad, y el dia de la Epifania concurrió á la iglesia para hacer comunicar al santo obispo en esta solemnidad con los arrianos que seguian la corte; mas cuando oyó el canto magestuoso de los Salmos; cuando vió el orden admirable y la modestia de un inmenso pueblo, que parecia mas bien una congregacion de piadosos solitarios; y sobre todo, cuando vió la pompa toda celestial del culto y de las ceremonias, los ministros sagrados que mas parecian ángeles que hombres, el obispo parecido al sacrificador eterno, á quien repre-